

Lección No. 19: (22) LA CARIDAD COMO MOTIVACIÓN

El evangelizador imita en el amor a Cristo, el Buen Pastor

79. ANIMADOS POR EL AMOR

La caridad, un mandato de Cristo para el cristiano (Jn 13, 34), lo es mucho más apremiante para el evangelizador, pero donde más alcanza toda su exigencia es en las relaciones de éste con sus evangelizados.

Aquí podríamos decir que alcanza la prueba máxima la definitiva, donde el evangelizador demuestra que verdaderamente lo es, pues son muchas, prolongadas y dolorosas las vicisitudes por las que tiene que pasar, y ciertamente, si el amor a Dios y al prójimo no son el motivo real que impulsa al misionero, éste nunca podrá superar la prueba.

Por esto aquí Paulo VI nos define el amor como determinante de la evangelización; amor del enviado para dar el Mensaje; un amor que debe hacer sentir dentro la suerte triste del hermano privado del mayor de los bienes: el conocimiento de Dios, con sus consecuencias; privación de la vida espiritual, de la gracia, de la amistad con su Creador, de la felicidad eterna.

Si este sentimiento no es suficientemente motivador dentro del evangelizador, más le vale examinarse y medir sus fuerzas, porque le sería ciertamente imposible cumplir su misión sin poseer una visión clara del ideal divino que es el único origen de fuerza espiritual tan necesaria; no sea que él mismo no se halle todavía suficientemente concientizado de la realidad a la que ha de enfrentarse.

Nadie llega al extremo del sacrificio sin una visión suficientemente clara de las necesidades que va a remediar, y ninguno percibe esas necesidades en el prójimo sino es por el amor.

No de otro modo pueden entenderse las palabras del Apóstol citadas por el Pontífice (1 Tes 2,8; Fl 1,8). Pasajes que muestran cuánto era el amor que San Pablo sentía por sus evangelizados, por quienes hubiera y hubo de dar la vida.

Nos dice el Papa que este amor ha de superar al que puede llegar a sentir el pedagogo (*ne: del griego paidos; el pedagogo es el maestro que guía a su discípulo*).

El mismo San Pablo se encarga de definirlo como “*amor de madre*” (1 Tes, 2,7 y 11; 1 Cor 4, 15; Gal, 4, 19).

Es que el apóstol ya no tuvo imagen más expresiva del amor por sus discípulos que el del padre, más así al de la madre dispuesta a dar la vida por su hijo.

No puede ser más clara la comparación, y esta misma es la que Paulo VI quiere inculcar en el corazón del evangelizador.

SIGNOS DEL AMOR AUTÉNTICO: Pasa el Papa a presentarnos los signos que pueden darnos a saber la autenticidad del amor del evangelizador, y son estos –dice–:

- * **OFRECER LA VERDAD:** No podría hablarse de amor verdadero si fuera instrumento productor del error. El verdadero amor es el que desea el bien del ser amado, y todo bien necesariamente se encuentra en la verdad, nunca en el engaño, ni tampoco puede ser envoltura del error.
- * **CONducIR A LA UNIDAD:** de otro modo, si es causante de división o es egoísta por querer atrapar para sí al ser amado— lo que nunca será auténtico amor al prójimo, sino amor a sí mismo—, o es codyuvante del egoísmo de otro u otros a los que se entrega al evangelizando cautivo. Ahora bien, puesto que solamente en Dios hay unidad, y solamente en Cristo debemos reunirnos como nuestro único Centro, el verdadero amor de apóstol acercará al evangelizando únicamente alrededor de Cristo, donde, por necesidad, todos nos encontraremos.
- * **DEDICARSE AL ANUNCIO DE JESUCRISTO:** es consecuencia de lo anteriormente expuesto: el anuncio del Evangelio es el anuncio de la Verdad en la Buena Nueva, y todo lo que se anunciara distinto del Evangelio, además de constituir ya en sí el engaño, alejaría a los evangelizandos de la única Verdad, rompiendo con esto la unidad. Por tanto, si debemos anunciar el Evangelio, ya en él estaremos sembrando la semilla amorosa de la Verdad y la unidad.
- * **RESPETAR LA DIGNIDAD Y SITUACIÓN DEL EVANGELIZANDO:** quien ama, espera, espera con ánimo de facilitar al ser amado la marcha hacia el bien que lo conducirá a la Verdad y la unidad, tal como lo hace la madre con su hijo al dar los primeros pasos, sin apresurarlo, sin atropellarlo; o como el Buen Pastor, que va delante de sus ovejas y ellas le siguen (Jn 10, 4).

No sucede lo mismo con el arriero, que va forzando el paso del ganado desde atrás de él por medios violentos: el apóstol auténtico, a semejanza del Buen Pastor, enseña la verdad a la medida que es comprendida, ayuda al discípulo a su conversión y cambio de vida, le alienta y apoya, le guía e ilustra cuantas veces fueren necesarias. Más aún, respeta su dignidad de persona tomando en cuenta sus decisiones «*al ritmo*» -dice Paulo VI— que él puede llevar.

Dentro de este respeto a la persona quedan incluidas sus convicciones y sobre todo, su conciencia, contra la que nunca deberá actuar. El apóstol debe tener un fino tacto que le permita detectar los avances del discípulo para ir adelante con él al paso que avance.

- * **PROCURAR NUNCA HERIR:** qué es también un sentimiento maternal: enseñar, sí, la verdad, pero emplear sistemas convincentes que nunca sean causa de escándalo o resentimiento. Aquel “*la verdad no peca, pero incomoda*” no cabe aquí. No se trata de engañar, sino en primer lugar de no descubrir situaciones innecesarias cuando no existe aún madurez para recibirlas en el evangelizando; siendo ya maduro deberá ser aleccionado de la verdad completa. En todo caso, nunca se le hablará con mentira, y si de él partiera la inquietud de indagar, deberá contestársela con la verdad,
- Este posible inconveniente debe estar siempre a los ojos del evangeli-

Derechos reservados, prohibida su reproducción por cualquier medio

zador tanto para prevenir el escándalo, como para evitarlo, alejando, cuando es necesario, la circunstancia próxima que puede motivarlo.

* **Prepararse convenientemente.** Es un deber que a muchos se les olvida a fuerza de repetir el mismo tratado muchas veces: por una parte, en su inicio de evangelizadores no se esfuerzan en prepararse lo suficiente; pero más adelante deben evitar el vicio del costumbrismo, para lo cual procurarán prepararse siempre como si fuera la primera vez. Existen apóstoles que imaginan que de hablar y hablar sin un plan definido y debidamente hilado: se puede armar una buena exposición; nunca será sí, como no puede presentarse lo que no existe.

Si no te has preparado lo suficiente ¿de qué vas a hablar? ¿qué vas a enseñar?, todo, lo que ya conoces y tienes en mente, pero nunca lo que desconoces, -con el riesgo de inventar por el compromiso moral de responder a las preguntas de tus hermanos alumnos-, lo que has olvidado. Si no planeas bien tu exposición, le das estructura a tu plática, armonía y dirección ¿cómo quieres, no que no te pierdas y te enredes, y que los demás no te entiendan o entiendan algo equivocado?

Evidentemente de una mala preparación habrán de seguirse confusiones, malos entendidos, toma de decisiones, y, lo menos, lentos avances desordenados en quienes están haciendo el esfuerzo por cultivarse y a quienes tú defraudas sirviéndoles poco, confuso, desordenado, incompleto, lo que ellos esperan quizá con la ansiedad del sediento. Esto entraña una grave responsabilidad con consecuencias insospechadas, todo producto de una mala preparación.

Los fieles, dice Paulo VI «*tienen derecho a no ser engañados*», y ciertamente constituye un engaño, a veces mayor que muchos otros a los que no se ha ocultado nada, el engaño de la verdad a medias a la que se ha dado visos (*ne: apariencia*) de verdad total.

En este breve tratado Paulo VI ha enunciado los resultados que puede proporcionar un acto de amor al prójimo, o las carencias que puede producir un acto de desamor misionero. Ahora bien ¿cuál puede decirse que es el origen de la diferencia? **El amor:** su presencia o ausencia. ¿Cuál puede ser el remedio en todo caso? Cultivarlo como lo que es -una de las virtudes teologales- dentro del corazón del evangelizador.

Que llegue a amar verdaderamente a sus hermanos a su cargo encomendados, que los ame hasta el sacrificio como nos enseña San Pablo, como el mismo Cristo dio testimonio cumpliendo fielmente la figura del Buen Pastor «*que da su vida por sus ovejas*» (Jn 10, 11).

El amor en el evangelizador le impele a llevar a sus discípulos a la verdad. Hablando de la figura del Buen Pastor, es Cristo mismo quien previene de los falsos pastores, a quienes no mueve el amor por las ovejas: «*Todos malos que han venido son ladrones y salteadores; pero las ovejas no les escucharon...El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*» (Jn 10, 8 y 10).

Esta animación del apóstol por el amor de Dios y del prójimo no debe encontrarse tan sólo en sus relaciones para con sus evangelizados, sino que forzosamente debe comenzar a ser ejercitado con sus her-

manos los otros evangelizadores. Cuando tenemos oportunidad de contemplar la naciente Iglesia que en los Hechos de los Apóstoles se nos presenta, podemos admirar dos cosas: cierto que los primeros Doce fueron animados por el Espíritu de Amor hacia la evangelización del mundo y lanzados fuera del Cenáculo para la conquista del Reino de Dios, pero antes de eso los podemos apreciar en sus relaciones íntimas del Colegio Apostólico: «*Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos*» (Hec 1, 14).

Este "con un mismo espíritu" era el espíritu de la caridad de unión en el amor en espera de la Verdad. Así vemos que previamente al salir a evangelizar, a amar a otros, aprendieron a amarse allí, en el Cenáculo, entre ellos.

Del mismo modo, los apóstoles de hoy nunca podrán amar de verdad a los que van a evangelizar si previamente ellos no se aman entre ellos mismos. Pero esto implica —por encontrarse dentro del misterio de la Iglesia el elemento humano— el perdón y olvido de las fallas humanas que nunca faltan entre los evangelizadores. Únicamente en una actitud de amor, perdón y olvido de nuestra mezquina humanidad es posible que surja el amor entre nosotros.

Y ¿cómo podrán convencerse los evangelizadores del amor de que hablamos, si no lo miran entre nosotros? Predicando con el testimonio antes de que con la palabra, nos ha dicho Paulo VI antes, podremos convencer al mundo del amor. No existe otro camino, lo impone la lógica, y Cristo mismo se ocupó de este proceso si contemplamos con detenimiento el sistema seguido por Jesús para formar a los Doce, encontraremos, así a grandes rasgos, los siguientes pasos.

- * **Una introspección en sí mismos:** «*No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque con el juicio que juzguéis seréis juzgados, y con la medida que midáis se os medirá a vosotros. Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu ojo? O cómo vas a decir a tu hermano 'Deja que te saque esa brizna de tu ojo', teniendo la viga en el tuyo?»* (Mt 7, 1-4).
- * **Un igualarnos con los demás sin preferencias:** «*...Por tanto, cuanto que os hagan los hombres, hacedlo también vosotros; porque esta es la Ley y los Profetas*» (Mt 7, 12).
- * **La corrección fraterna:** «*Si tu hermano llega a pecar, vete, repréndele, a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma todavía contigo uno o dos...*» (Mt 18, 15). Aquí Jesús nos enseña la paciencia que debemos tener y el deseo de mantener la unidad siempre entre los hermanos.

80. CON EL FERVOR DE LOS SANTOS

El Papa Paulo VI sigue adelante en esta lección con la tarea que se ha impuesto en esta séptima parte; fijar en el evangelizador la convicción de

Prohibida su reproducción por cualquier medio, sin autorización por escrito

que si dentro de sí, en su vida interior, no existe o vegeta lánguida y lastimosamente el espíritu apostólico, su fruto será exiguo cuando no nulo.

Con pena vemos -a Dios gracias poco frecuentemente- apóstoles laicos que, habiéndose comprometido a llevar a sus hermanos necesitados de la Palabra de Salvación con coraje y de verdad entusiasmados la Buena Nueva, ya inmersos en el trabajo apostólico lucen cansados, tibios, desinteresados y remisos para dar el Mensaje. Estos tales, no sólo no inyectan la ilusión del converso a sus alumnos, sino que a veces llegan a frenarla, temerosos -pensamos- de que en su entrega generosa los que se convierten los llevan a ellos mismos a dar más de sí al Señor que lo que cómodamente quieren darle. A veces los conversos resultan más generosos que los convertidos. ¡Libre Dios a éstos de impedir la acción de la gracia sobre aquéllos debido a su apatía, miseria en el esfuerzo y mezquindad apostólica.

El Vicario de Cristo distingue aquí dos aspectos del problema; quienes no llegan a escalar las alturas del apostolado heroico que posee el santo misionero, por falta de vida interior de auténtica santidad, y los que en justificación de una actitud mediocre buscan fuera de sí mismos argumentos sin razón.

Para los primeros pone delante el ejemplo de los intrépidos misioneros que lo dieron todo con la generosidad heroica por amor a la difusión del Reino de Dios, dejándolo todo: patria, familia, comodidades, bienestar, salud y prestigio humano para llevar el Evangelio a otros en lejanas y oscuras regiones del mundo, donde sólo Dios fue testigo de sus hazañas y valorador de sus esfuerzos, trabajos, dolores y sacrificios.

Esos gigantes de la difusión del Evangelio tuvieron en común una cosa: estaban plenos de vida interior, rebosaban de espiritualidad, desbordaban en fe, esperanza y caridad.

Los que no son capaces de superar los obstáculos, obstaculizan haciéndose ellos mismos obstáculo. Esos también tienen algo en común: la falta de vida interior, falta de fervor que se traduce en fatiga y desilusión, tornándose desatentos, comodones, tristes y desmoralizados. No es que lo exterior a ellos ande mal, es que lo interior de ellos es tibieza y poquedad.

El Papa aquí recruce su exhortación: no se extiende a exhortar a que cumplamos en muchas cosas los que antes libre, generosa e ilusionadamente nos comprometimos, no, sólo nos exhorta a una cosa: a acrecentar constantemente el fervor del espíritu conforme a San Pablo: «...en la solicitud no seáis perezosos, en el espíritu fervorosos; para el Señor serviciales» (Rm 12, 11).

Y, así como la vida interior de intensa santidad da frutos abundantes de fe, esperanza y caridad, así son negativos aquellos que provienen de la falta de vida de auténtica piedad. Entonces los primeros frutos son los pretextos, bien sea para reducir el compromiso y sus exigencias, bien para claudicar aduciendo motivos de lo más incongruentes y descabellados, tales como el de decir que la Autoridad de la Iglesia hoy impide lo que Cristo su Divino Fundador dejó mandado e instaurado, cual es la

difusión del Mensaje de Salvación hasta el confín de las naciones, hasta que llegue al último hombre sobre la tierra.

Quisieran esos cristianos incumplidos, esos apóstoles mediocres inventar justificaciones, pero caen en vanos engaños para sí mismos que no les aprovecharán en el momento del juicio personal cuando el Señor les pida cuentas de sus talentos.

Los sofismas más recurridos son:

- a) Que proponer la verdad del Evangelio sea un limitar la libertad del hombre confundiendo "**proponer**" con "**imponer**", cuando lo que se hace es ayudar al hombre a ejercer su libertad, para la cual la ignorancia de la verdad es la primera y gran limitación, de la que muchas otras se siguen. Sobre todo si se trata de ofrecerle la Libertad de la Salvación ¿cómo puede concebirse esta liberación del pecado, de la muerte eterna, como limitador de su libertad? Proponer, ofrecer la posibilidad de Salvación es una auténtica liberación; la liberación religiosa de la que Cristo Señor nos hace partícipes.
No se debe, eso sí, dice el Pontífice, acudir a coacciones, engaños tales como falsas promesas o falsos temores, o apresuraciones que obliguen al converso a adelantar su resolución.
- b) Se aduce que no hay necesidad de anunciar el Evangelio porque todo hombre puede salvarse por la rectitud interior. Algo así como si se le negara a quien se está abogando la posibilidad de usar un salvavidas alegando que todo hombre –está comprobado– puede llegar a nadar. Puede salvarse por la sola rectitud del corazón, sí, la cual presupone que ese tal no ha tenido la gran oportunidad de conocer el Mensaje de Salvación, ya que de otro modo, pretender salvarse sin el auxilio de la gracia es falsa, presunción que desplaza la rectitud del corazón.
- c) La verdad de Dios –dicen los que objetan la predicación del Evangelio – está esparcida por todo el mundo –digamos en los corazones y las mentes de todos los hombres– y aparece en diversos grados en todas las religiones; ¿qué necesidad hay, entonces de difundir la Palabra de Dios que es su Verbo? Esta proposición está mal planteada: es verdad que la semilla de la Palabra de Dios aparece en todas las religiones y se anida en toda conciencia, con todo, es un hecho que el Verbo, el Hijo del Señor de la Verdad, Cristo Luz del mundo, vino a dar la noticia de la salvación **directamente a todo hombre** y así lo impuso como último mandato a sus seguidores antes de su Ascensión.

¿Por qué? Dentro de la economía de Dios todo lo que Él dispone es útil y necesario para nosotros debido a la disminución de claridad intelectual en nuestra mente y de fuerza de voluntad en nuestro querer causa de pecado, a grado tal que cuando contemplamos la verdad no la vemos en toda su profundidad y fácilmente ni la percibimos siquiera; y así también nuestra débil voluntad falla en poco o en mucho para seguir esa misma verdad a la que apenas atendemos o a la que viéndola negamos.

Luego entonces la instrucción del Verbo; su anuncio seguido de su ayuda nos son indispensables.

¿Quién puede asegurar que tal o cual hombre no necesite recibir el Mensaje de la Salvación porque ya lo ha percibido y aceptado y seguido por sí solo? Por eso constituye una responsabilidad gravísima para el apóstol disminuir en eficiencia debido a su apatía o descuido para dar el mensaje.

Se duele Paulo VI de ver que los medios de comunicación social sean tan fácilmente prestados, más aún prodigados, cuando no despilfarrados para fines menos honestos de difusión del error, la mentira, la degradación y la pornografía, cual si estos fueran motivos legítimos para el esfuerzo, en tanto que la Salvación de la humanidad se trate con tanta ligereza, y hasta con desprecio, cuando ella nos trae «*lo único necesario*» (Lc 10, 42).

Dos fuerzas impelen al apóstol seglar a actuar como difusor del Evangelio:

- 1° La obligación que le viene debido al mandato de Cristo. Diríamos que esta fuerza le es intrínseca a él –le viene de su ser cristiano, le impele desde dentro de su vida interior.
- 2° La otra fuerza es extrínseca: lo obliga desde fuera de él: el derecho que tiene su prójimo a ser aleccionado sobre la Palabra de Salvación. Una y otra fuerzas y motivos lo llevan a tomar la resolución de actuar dentro del apostolado.

Puede acontecer por misericordia de Dios que el prójimo reciba el Mensaje Salvífico por otros medios y que la semilla del Verbo sea sembrada en su corazón. Regada y cultivada a través de medios para nosotros desconocidos y misteriosos, todo ello es verdad, pero no es eso lo que está en nuestras manos hacer, menos tomarlo en cuenta como un factor que nos permita desatendernos de un peligro tan grave como el que ese hombre nunca llegue a conocer la Verdad. Si en cambio, tenemos dentro de nuestras posibilidades dárselo a conocer independientemente de que Dios actúe simultáneamente por otros caminos cuyos efectos vendrán a sumarse con nuestros esfuerzos.

Porque el prójimo encuentre o no la Verdad de otra manera y que se decida a aceptarla no vamos a ser juzgados, pero por el **interés** o **desinterés**, la **diligencia** o la **apatía**, la **generosidad** u **omisión** que pongamos, ciertamente seremos juzgados.

San Pablo llama al remiso que no trabaja por la difusión de la Palabra del Evangelio «*avergonzado del Evangelio*» (1 Cor, 1, 16), con cuyo calificativo da a saber que el hombre flojo para la difusión del Evangelio cae dentro del grupo que Cristo enunció con estas duras palabras: «*Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos Ángeles*» (Mc 8,38).

En cambio, la colaboración evangelizadora con Cristo será para nosotros causa de honra: «*Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará*» (Jn 12, 26).

Nos hace ver el Romano Pontífice lo positivo de la predicación del Evangelio cuando nos dice que esto es causa de permanente alegría «*incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas*».

Esto nos recuerda las palabras del Salmo 126, 5: «*Los que siembran con lágrimas cosechan entre cánticos*».

A veces, ciertamente la semilla del Evangelio se esparce dolorosamente pero la contemplación de los frutos paga con creces cuando vemos antes sus efectos como aumento de la gloria de Dios que como puramente satisfacción personal nuestra.

A mayor penalidad en el anuncio, Dios nos recompensa con mayor alegría.

El Papa se esfuerza en exaltar dentro de nosotros el deseo de emulación de asemejarnos a aquellos primeros Doce y a toda la pléyade (ne: conjunto) de innumerables evangelizadores que, ayudados de la gracia, llevaron a cabo la cristianización del mundo.

Llama a esta labor «*un ímpetu interior que nadie ni nada es capaz de extinguir*». Ímpetu es la fuerza arrolladora de las olas del mar, del agua que baja arrolladora e incontenible tras de romper el dique que la aprisionaba.

Eso debemos ser nosotros por fuerza de nuestra vida interior llena de vigor apostólico: fuerza, ímpetu vigoroso e incontenible que vaya sin jamás detenerse a propagar el Evangelio, venciendo todos los obstáculos que pudieran atravesarse.

Así lo hicieron aquellos a quienes el Papa nos pone como ejemplo. Con ese santo fervor, con esa mística vivieron y murieron a causa del Evangelio.

Es frecuente que el que se inicia en el apostolado contemple a la vez extasiado por el tamaño de la empresa, temeroso de no poder él emprenderla.

Es verdad, es tan sublime y de tal envergadura. **La aventura de volverse evangelizador, que sobrecoge a la vez que entusiasma.** Existe un remedio para sacudirse el temor:

- * Convertir la evangelización en un ideal, el mayor de los ideales, el del ganar para Cristo a todos los hombres de la tierra.
- * Quien es capaz de soñar esta conquista a pesar de todas las dificultades que se presentan, con un ensueño en que él mismo se contemple unido a Cristo en la empresa, ciertamente que triunfará.
- * No va sólo, va con Cristo.
- * Luego la empresa es posible, sólo falta lanzarse a ella.

Las últimas palabras de San Paulo VI en esta lección vuelven a recordarnos que en todo ello existe un factor imposible de olvidar, insustituible: la vida interior con fervor de santidad.